

DON
DELILLO

EL ÁNGEL
ESMERALDA



AUSTRAL

DON
DELILLO

**EL ÁNGEL
ESMERALDA**

CUENTOS COMPLETOS

Traducción de Ramón Buenaventura



AUSTRAL

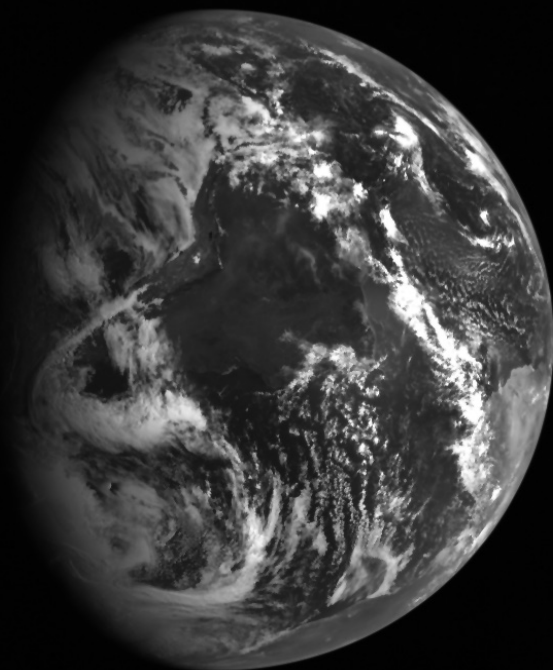


Seix Barral

PRIMERA PARTE

Creación (1979)

*Momentos humanos
de la Tercera Guerra Mundial (1983)*



CREACIÓN

Era una hora de coche, gran parte de ella en subida por entre una lluvia como de humo. Mantuve la ventanilla bajada un palmo, en la esperanza de captar una fragancia, algún sabor de arbustos aromáticos. Nuestro conductor aminoraba la marcha en los tramos peores de la carretera y las curvas más pronunciadas y cuando venían coches de frente por entre la neblina. A intervalos la vegetación colindante era menos espesa y permitía vislumbres de pura selva, valles enteros, abiertos entre montañas.

Jill leía su libro sobre los Rockefeller. Cuando se ponía a hacer algo era inalcanzable, como sólidamente abismada, y durante todo el camino solo la vi levantar los ojos de la página una vez, para mirar a unos niños que jugaban en un campo.

No había mucho tráfico en ninguno de los dos sentidos. Los automóviles que venían hacia nosotros aparecían abruptamente, pequeños dibujos animados en color, destartalados y dando tumbos, y Rupert, nuestro chófer, tenía que maniobrar con rapidez en la lluvia total para evitar las colisiones y los baches profundos en la carretera y el acoso de la propia selva. Parecía establecido

que toda acción evasiva correspondía a nuestro vehículo, el taxi.

La carretera se niveló. De vez en cuando había alguien en los árboles, mirándonos. El humo bajaba rodando desde las alturas. El coche volvió a subir, brevemente, y luego entró en el aeropuerto, una serie de edificios pequeños y una pista. La lluvia cesó. Le pagué a Rupert y llevamos el equipaje al interior de la terminal. Luego él se quedó fuera con otros hombres en camisetas deportivas, hablando bajo el súbito resplandor.

La sala estaba llena de gente, equipaje y cajas. Jill se sentó en su maleta, leyendo, con nuestras bolsas y equipaje de mano dispuestos a su alrededor. Me abrí camino hasta el mostrador y descubrí que estábamos en lista de espera, con los números cinco y seis. Ello me puso una expresión pensativa en la cara. Le dije al empleado que habíamos confirmado en St. Vincent. Él me dijo que había que reconfirmar setenta y dos horas antes de la salida. Le dije que habíamos estado navegando; estábamos en los cayos de Tobago setenta y dos horas antes: ni población, ni edificios, ni teléfonos. Me dijo que reconfirmar era la norma. Me mostró un papel con nueve nombres. Demostración tangible. Estábamos en quinta y sexta posición.

Me acerqué a decírselo a Jill. Dejó que se le derrumbara el cuerpo sobre la maleta, colapso estilizado. Le llevó su tiempo completarlo. Luego sostuvimos un diálogo protocolario. Me adujo todos los argumentos que yo acababa de aducirle al hombre del mostrador. Confirmación desde St. Vincent. Yate contratado. Islas deshabitadas. Y yo le repetí todo lo que me había respondido el otro. Ella desempeñó mi papel, en otras palabras, y yo desempeñé el del empleado, pero lo hice en un tono de voz razonabilísimo, añadiendo datos admisibles, en la

mera esperanza de suavizar su exasperación. También le recordé que había otro vuelo tres horas más tarde. Aún estaríamos en Barbados con tiempo para darnos un chapuzón antes de cenar. Y luego haría fresco y cielo estrellado. O calor y cielo estrellado. Y oíríamos el rumor de las olas en la distancia. La costa oriental era famosa por el rumor de las olas. Y al día siguiente, por la tarde, tomaríamos el avión a Nueva York, como estaba previsto, y nada se habría perdido, salvo unas horas en este auténtico aeropuerto de isla pequeña.

—Qué neorromántico, y qué bien encaja con el día de hoy. ¿Cuántos pasajeros llevan estos aviones? ¿Cuarenta?

—Más, más —dije yo.

—¿Cuántos más?

—Más.

—Y ¿qué número tenemos en la lista?

—Cinco y seis.

—Además de los cuarenta y tantos.

—Hay muchos que no se presentan —dije yo—. Se los traga la selva.

—Qué tontería. Mira qué gentío. Aún están llegando.

—Los hay que vienen a despedir a otros.

—Por Dios, si eso es lo que crees, más vale que no me ayudes. El hecho es que no tendrían que estar aquí, para nada. Estamos fuera de temporada.

—Los hay que viven aquí.

—Y sabemos cuáles son, ¿verdad?

Llegó el avión, de Trinidad, y al oírlo y verlo la gente se aproximó al mostrador para presionar desde más cerca. Fui por un lado y me acerqué desde detrás del mostrador contiguo, donde había otras varias personas. Los pasajeros reconfirmados empezaron a encaminarse hacia la ventanilla de inmigración.

Voces. Una mujer británica dijo que habían cancelado el vuelo de la tarde. Todos nos acercamos. Dos hombres de las Indias Occidentales agitaron sus pasajes ante el empleado. Hubo más voces. Brinqué varias veces para ver el camino de tierra del exterior por encima de las cabezas de la gente. Rupert seguía ahí.

Las cosas iban tomando forma rápidamente. Carga y equipaje por una puerta, pasajeros por la otra. Me di cuenta de que estábamos ya en los pasajeros en lista de espera. Quienes se apartaban del mostrador parecían impulsados por alguna profunda fuerza de salvación. Quizá estuviera en marcha algún bautismo primitivo. Los demás nos apiñábamos en torno al empleado. Estaba poniendo marcas en algunos nombres, tachando otros.

—El vuelo está completo —dijo—. El vuelo está completo.

Había ocho o diez rostros descartados, inexpresivos en su infortunio viajero. Se hablaban diversos tipos de inglés. Alguien sugirió que uniéramos fuerzas y contratáramos un vuelo chárter. Era práctica bastante común allí. Otro dijo algo sobre un aparato de nueve plazas. El primero apuntó los nombres y fue con otros varios a buscar la oficina de vuelos chárter. Le pregunté al empleado sobre el vuelo de última hora de la tarde. No sabía por qué lo habían cancelado. Le pedí que nos incluyera a Jill y a mí en el primer vuelo del día siguiente. Me dijo que la lista de pasajeros no estaba disponible. Lo único que podía hacer era ponernos en *standby*. Todos recibiríamos más información por la mañana.

Utilizando solo los pies, Jill y yo empujamos el equipaje hasta la puerta. Uno de los buscadores de chárter volvió para informarnos de que podía haber un aparato disponible ese mismo día, más tarde; pero de seis plazas,

solamente. Ello parecía excluirnos. Le hice una seña a Rupert y empezamos a sacar las cosas de la terminal para llevarlas al coche. Rupert tenía el rostro alargado y un hueco entre los dientes delanteros y llevaba una medalla de plata sobre el bolsillo pectoral: una pieza muy ornamentada, prendida de una tira de tela multicolor.

Jill volvió a sentarse detrás, a leer. Fuera, junto al maletero, Rupert estaba diciendo que conocía un hotel no lejos del puerto. La mirada se le desviaba hacia la derecha una y otra vez. Había una mujer a dos o tres pasos, muy quieta, esperando que termináramos de hablar. Creí recordar que la había visto al borde de la multitud dentro de la terminal. Llevaba un vestido gris y un bolso. Había una maleta pequeña a sus pies.

—Por favor, es que mi taxi se volvió.

Era pálida, con un rostro blando y llano, una boca plena y el pelo castaño recortado. Mantenía la mano derecha levantada hasta la frente, para protegerse los ojos del sol. Acordamos que pagaríamos a medias el taxi hasta el hotel y que regresaríamos juntos a la mañana siguiente. Dijo que tenía el número siete.

Hizo calor y mucha luz durante todo el trayecto de vuelta. La mujer iba delante con Rupert. A intervalos se volvía hacia nosotros y nos decía: «Es espantoso, espantoso, el sistema que tienen», o «No sé cómo sobreviven económicamente», o «Ni siquiera me han garantizado que vaya a volar mañana».

Cuando paramos por unas cabras, una mujer salió de entre los árboles para vendernos nuez moscada en bolsitas de plástico.

—¿Qué número tenemos nosotros? —me preguntó Jill.

—El dos y el tres esta vez.

—¿A qué hora es el vuelo?

—A las seis cuarenta y cinco. Tenemos que estar allí a las seis. Rupert, tenemos que estar allí a las seis.

—Yo los llevo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Jill.

—Al hotel.

—Sí, al hotel, pero ¿qué clase de hotel?

—¿Me viste dar saltos, en la terminal?

—Me lo perdí.

—Saltaba en el aire.

—Nada de Barbados, ¿verdad? —dijo ella.

—Lee tu libro —le dije yo.

El quechamarín seguía anclado en el puerto. Se lo señalé a la mujer de delante y le expliqué que habíamos pasado a bordo la última semana y media. Ella se giró y sonrió desvaídamente, como si estuviera demasiado cansada para desentrañar el significado de mis palabras. Estábamos en las colinas, dirigiéndonos al sur. Comprendí qué era lo que hacía que esta localidad portuaria pareciera menos desteñida y fortuita que los demás pequeños puertos en que habíamos estado. Edificios de piedra. Resultaba casi mediterráneo.

En el hotel no hubo problema para conseguir habitaciones. Rupert dijo que nos estaría esperando a las cinco de la mañana. Dos doncellas nos condujeron a lo largo de la playa, con un maletero detrás. Nos dividimos en dos grupos, y Jill y yo fuimos conducidos a lo que llamaban una suite de piscina. Tras un muro de tres metros había un jardín privado, de hibiscos, varios arbustos y un árbol de algodón de seda. La pequeña piscina también era nuestra. En el patio encontramos un cuenco lleno de bananas, mangos y ananás.

—No está nada mal —dijo Jill.

Durmió un rato. Yo estuve flotando en la piscina, notando que se me desvanecía la inquietud, la irritación

de ir a un sitio en grupo; del viaje documentado. Este lugar estaba tan cerca de la perfección que ni siquiera nos apetecía comentar la suerte que habíamos tenido, viniendo a parar aquí. Los mejores entre los sitios nuevos debían ser protegidos de nuestras exclamaciones de placer. Nos reservaríamos las palabras durante semanas o meses, para la tierna atardecida en que un comentario suelto nos pusiera en marcha los recuerdos. Creo que ambos creíamos, juntos, que una exclamación equivocada podía echar a perder un paisaje. Era en sí un sentimiento no expresado, y uno de nuestros motivos de apego.

Abrí los ojos a la visión de unas nubes llevadas por el viento —nubes deslizándose— y un único pájaro fragata suspendido en una corriente de aire, largas alas planas y quietas. El mundo y todas las cosas en él. No era lo suficientemente tonto como para creer que me hallaba en el regazo de algún momento primordial. Era un producto moderno, este hotel, pensado para que los clientes crean haber dejado atrás la civilización. Pero si no era ingenuo, tampoco estaba de humor para plantearme dudas sobre aquel lugar. Habíamos vivido medio día de frustración, largos viajes de ida y vuelta en coche, y el contacto refrescante del agua con mi cuerpo, y el pájaro planeando sobre el océano, y la velocidad de esas nubes que volaban tan bajo, sus macizas cumbres desplomándose, y mi deriva ingravida, el demorado giro en la piscina, como un arrebato por control remoto, me produjeron la sensación de saber lo que significaba estar en el mundo. Fue especial, sí. El sueño de la Creación que resplandece al filo de la búsqueda de todo viajero serio. Desnudez. Solo faltaba que Jill apareciera entre las cortinas acantiladas y se introdujera silenciosamente en la piscina.

Cenamos en el kiosco, ante un panorama de mar

tranquilo. Solo una cuarta parte de las mesas estaban ocupadas. La mujer europea, nuestra compañera de taxi, se hallaba en una esquina alejada. La saludé con la cabeza. No se dio cuenta, u optó por ignorarlo.

—¿No deberíamos decirle que se siente con nosotros?

—No quiere sentarse con nosotros —dije yo.

—Somos norteamericanos, al fin y al cabo. Tenemos fama de pedirle a todo el mundo que se nos añada.

—Ha elegido la mesa más remota. Está feliz donde está.

—Podría ser una economista del bloque soviético. ¿Qué te parece? O alguien haciendo un estudio sanitario para Naciones Unidas.

—Ni de lejos.

—Una viuda más bien joven, suiza, que ha venido a olvidar.

—No suiza.

—Alemana —dijo ella.

—Sí.

—Merodeando sin rumbo por las islas. Ocupando las mesas más remotas.

—No se sorprendieron cuando les dije que queríamos el desayuno a las cuatro y media.

—La isla entera tiene que amoldarse a ese asqueroso aeropuerto. Es un espanto, un espanto.

Jill llevaba una túnica larga y pantalones de chifón. Dejamos los zapatos debajo de la mesa y dimos un paseo por la playa, y nos metimos hasta las rodillas en el agua en un momento dado. Había un guardia de seguridad bajo las palmeras, observándonos. Cuando volvimos a la mesa, el camarero nos trajo el café.

—Siempre existe la posibilidad de que solo puedan incluir a dos de la lista de espera, no tres —dijo Jill—. Yo

tengo que estar de vuelta el miércoles, como sea, pero a pesar de ello creo que deberíamos mantenernos juntos.

—Somos un equipo. Llevamos siéndolo desde el principio.

—¿Cuántos vuelos a Barbados hay mañana?

—Solo dos. ¿Qué pasa el miércoles?

—Bernie Gladman llega de Buffalo.

—Tierra quemada en varias millas a la redonda.

—Solo llevó seis semanas organizar el encuentro.

—Ya saldremos. Si no es a las seis cuarenta y cinco, será luego, por la tarde. Claro que si es así perdemos el enlace de Barbados.

—No quiero ni oírlo —dijo ella.

—A no ser que cambiemos y vayamos a Martinica.

—Eres el único hombre que ha comprendido que el aburrimiento y el miedo son la misma cosa para mí.

—Trato de no explotar ese conocimiento.

—Te encanta ser aburrido. Buscas situaciones aburridas.

—Los aeropuertos.

—Nuestros largos trayectos en taxi —dijo ella.

Primero empezaron a inclinarse por la parte de arriba las palmeras. Luego golpeó la lluvia, repicando en espesas salpicaduras contra el sendero de piedra. Cuando escampó, cruzamos el césped para llegar a nuestra suite.

Mirar desnudarse a Jill. Ron en vaso de dientes. El sonido y la fuerza del viento. La piel cercana a mis ojos como resquebrajada tras diez días de sol y viento.

Me costó dormirme. Cuando cesó el viento, por fin, lo primero que oí fue el quiquiriquí de los gallos, cientos de ellos al parecer, en los montes. Minutos después empezaron a ladrar los perros.

Salimos con las primeras luces. Nueve hombres con machetes caminaban en fila por la carretera.

Averiguamos que la otra mujer se llamaba Christa. Ella y Jill charlaron de menudencias durante los primeros kilómetros. Luego Jill inclinó la cabeza sobre el libro abierto.

Llovió una vez, brevemente.

Esperaba que en la terminal no hubiera más allá de seis o siete personas, a la hora que era. Estaba abarrotada. Todos empujaban hacia el mostrador. Era difícil meterse entre ellos, entre las maletas y las cajas y las jaulas de pájaros y los niños pequeños.

—Qué locura —dijo Jill—. ¿Dónde estamos? No me lo puedo creer.

—El avión estará vacío cuando llegue aquí, o casi. Con eso cuento. Y mucha de esta gente está en *standby*. Acuérdate de que tenemos el dos y el tres.

—Dios mío, si existes, sácame de esta isla.

Estaba a punto de llorar. La dejé junto a la entrada y traté de alcanzar el borde del mostrador. Oí que el avión llegaba y tomaba tierra.

En unos minutos los pasajeros con billete se habían apartado del mostrador y hacían cola a lo ancho de la sala. El calor era ya de sudar a chorros. Entre quienes seguíamos apiñados, había pequeños accesos de desesperación: vehemencia en el movimiento, el gesto y la expresión.

Oí que el empleado gritaba nuestros nombres. Me acerqué al mostrador y me incliné sobre él. Su cabeza y la mía casi se tocaban. Va uno, le dije, y el otro no. Le di el billete de Jill. Luego fui corriendo a buscar su maleta y la coloqué en la pequeña plataforma contigua al mostrador. Se le abrió la boca y se le separaron los brazos de los costados, en un ademán de sorpresa como de película muda. Echó a andar detrás de mí con una de mis bolsas.

—Vas tú sola —le dije—. Tienes que rellenar un impreso en la caseta. ¿Dónde guardas el pasaporte?